

Globethics Repository



Montevideo [Montevideo]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Migdal, Alicia
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-13 07:27:06
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220412

Montevideo. La espera sin ansias

Migdal, Alicia

Alicia Migdal: Escritora y crítica uruguaya. Es también traductora y docente de literatura dramática en la Escuela Municipal de Arte Dramático, Montevideo. Libros publicados: *Mascarones* (1981), *Historias de cuerpos* (1986), *La casa de enfrente* (1988), los tres por Editorial Arca (Montevideo).

Altero el ritmo espasmódico de nuestras cartas para contarte de un tirón que me piden desde Caracas un artículo no demasiado extenso sobre Montevideo, es decir, «Montevideo», una de las capitales de uno de los países de este continente en el que yo sigo viviendo. Tal vez si siguiera viviendo en Caracas, la rapidez del recuerdo ilusorio haría saltar una evocación instantánea que a lo mejor no sería del todo real. Pero como escribo desde mi máquina Adler - en la era de las computadoras con módem yo todavía tengo una «máquina de escribir» - precisamente en Montevideo, es que desde hace semanas le vengo dando vueltas al asunto. Por eso te escribo, tipo chorro o canilla abierta, o goteante, para pedir ayuda urgente, aunque la respuesta llegue cuando yo haya enviado el artículo, cuál Montevideo, dios mío. El que representa a quiénes, la historia de cuál de nosotros, la de cuál clase social; quién debería sentirse representado en esto que tengo que escribir, los que vivimos entre el centro y la costa; los que nos dedicamos a buscar respuestas sobre este país y sólo nos encontramos con nuevas preguntas; o los que nunca van a leer esto, porque no leen nada; o los hijos de mi generación que no tienen dinero para volver a la Europa de los abuelos y se van a Buenos Aires o Brasil abandonando la «ciudad-bajón» a la que llegan a su vez los jóvenes del interior que abandonan los suburbios quietos. Paro, releo y sigo. Pienso que es mejor empezar a mandarte algunas fotos en vez de escribirte sobre las dudas respecto al destinatario del artículo, no el que lo leerá en la revista sino ese otro fantasmal, doble de uno mismo cada vez que se escribe, tábano de lo escurridizo verdadero o verosímil.

Casi todos los días paso delante de la última casa de Onetti para llegar a la mía. No es un juego de palabras, en Bonpland 598 vivió por poco tiempo antes de irse a España, ahora la están refaccionando y sin duda él no la reconocería - y no creo que le importe -, a pesar de conservar la estructura del frente y los ventanales de vidrios a rombos de su cuarto. La casa está adquiriendo un aire saludable, aunque es una lástima que le hayan arrancado la enredadera; la miro desde la acera de enfrente mientras los albañiles me miran a mí y vuelvo a ver el fondo donde Dolly tomaba sol, y el porche donde un verano les sacamos fotos, en una peregrinación a la meca desde Arca a lo del autor preferido de la editorial, él en pijama y con la barriga al

aire, ostensiblemente dispuesto a ofrecernos una imagen de su decadencia física. Te mando la primera foto, la fachada de la casa donde ya no vive Onetti. Te mando entonces la primera foto, una foto de «no». Te podría mandar fotos donde ya no pasan cosas, si es que en las fotos pasan cosas, canjearte mi soliloquio y tu paciencia para ser mi interlocutor - cobayo por fotos fijas, fragmentos intensos que dicen lo que hay o lo que desapareció. Pero me pondría nostálgica, una actividad que reconocerás como demasiado uruguaya, un poco llorona - éramos tan europeos, tan a la medida de Borges, éramos tan prometedores, tan alfabetos, tan discretos -, eso que detestamos pero en lo que cíclicamente caemos, como en un pozo de deliciosa lujuria reminiscente. Seamos sinceros, aunque te mande fotos del pasado o del presente - esto cambió, esto sigue todavía - el asunto se pone elegíaco. Entre pérdidas e incorporaciones, los cambios de esta ciudad nos han ido llevando a un gran desencuentro colectivo.

La foto de la casa de Onetti no lo tiene a él tirado en la cama, escribiendo a mano en un cuaderno escolar, pero integra el conjunto de casas antiguas recicladas en este lento Montevideo que quizás dentro de un cuarto de siglo unifique una nueva zona de la clase media semiilustrada. En Ciudad Vieja, por ejemplo (donde ya no viven los sefaradim pero todavía está la Farmacia Tapie adonde iba a comprar mi abuela y mi madre y yo misma) en este momento conviven los tugurios con los reciclajes de casas coloniales y podría ser nuestro Marais montevideano si hubiera plata y trabajo (esto último suena a consigna gremial). Lo cierto es que, con o sin reciclajes, con o sin proyectos de «shoppings» (¿por qué no pueden hacer un «shopping» en el terreno de los Mendizábal sin demoler la vieja quinta?, ¿es contrario al bunker del diseño del consumo integrar una casona antigua al mundo cerrado de un shopping?), te decía que, como sea y en donde sea, todos los días pasan por nuestros barrios los hurgadores de basura con sus carritos y sus caballos, una nueva actividad ya institucionalizada en este Montevideo cada vez más discepoliano donde, por debajo de las formas y estilos de la antigua clase media - somos lo que somos - se reparte la pobreza. Cada clase social tiene su pasado y su mitología, pero te digo que ahora todas tienen un mismo convidado de piedra, que pasa por la calle o entra con violencia en las casas. Tal vez Montevideo, fue, en nuestra memoria, una metáfora de la ciudad ideal bocetada por Leonardo da Vinci «construida junto al mar o a orillas de un río para que sea sana y hermosa, edificada en dos planos o niveles comunicados entre sí por medio de escalinatas. Quien así lo desea podrá recorrer todo el nivel superior sin tener que bajar, y viceversa; el tráfico de carruajes y bestias de tiro se desarrollará en el nivel bajo, al que también abrirán sus puertas las tiendas y negocios». Tal vez el mito de la sociedad montevideana homogénea, orgullosa de sus tenues contrastes, se pareciera a ese boceto de

«polis» de Leonardo, donde los «gentil hombres» y la «pobretería» convivían aceptando su «destino manifiesto».

Mientras me hacía un té y daba vuelta el casete de Leonard Cohen que me grabó Darnauchans, pensaba en el azar de las citas y de los nombres: encontrarme con Leonardo y su ciudad ideal cuando preparaba una clase sobre el Renacimiento leyendo a Eugenio Garin y pensando, por detrás de la cabeza, en este viejo asunto de Montevideo, objeto de comunicabilidad para una revista en Caracas. ¿Es que será comunicable? Esa intangible identidad siempre definida en relación a un «otro» más poderoso, Argentina, Brasil, el puerto o la plaza fuerte conveniente para la pinza que necesitaba tener el Imperio Británico. Una sociedad tan aluvional, tan sincretizadora, tan laica y por tanto tan abarcadora, ¿no estaría precisamente por ese origen, multiplicado después por la inmigración de pre y entre guerras y por la de la guerra civil española, no estaría te decía destinada a no verse a sí misma, perdida en la homogeneización y sólo definible por ciertos valores viejos; indios exterminados, país «sueco» antes que Suecia, sociedad civil civilista. ¿No nos perdemos en un espejo donde los rasgos distintivos son tan delgados? (Ves lo que te decía, buscando respuestas sólo formulo preguntas). Para saber cómo hablamos los montevideanos, cómo suenan en el aire nuestras palabras, necesitamos primero imitar la manera de un porteño, de contrastes de ese tipo salen las diferencias, de Perón sale Batlle, aunque Perón ingresara en la historia en 1945 y Batlle en 1903.

En verdad el clima humano de Montevideo es cada vez más onettiano, nos vamos, de a poco, acercando a Santa María (ciudad fundada en Buenos Aires, qué gracioso). Leídos unas décadas después, siempre me resultaron sorprendentes los pronósticos de catástrofe que la generación del 45 hacía desde Marcha en los momentos de mayor intercambio cultural del país. Demoraron unos treinta años en cumplirse, cuando muchos de aquellos hombres están muertos (pero vivieron para sufrirlo). «El Astillero» como parábola del deterioro de la sociedad uruguaya se ajusta más a este Montevideo que a aquél (la parte por el todo, Montevideo por el Uruguay). Pero todo es dinámico y contradictorio aun en esta banda oriental del río, unas cosas mueren, otras cambian, otras no se reproducen, otras ocupan el lugar de las anteriores sin que se conserven sus huellas, la ciudad se vuelve a fundar, desde Zabala a Batlle y desde Batlle a la dictadura militar y después desde eso que llamamos, neutralmente, «el regreso de la democracia», el fin de la simetría entre la opresión y el instinto de cohesión en torno a algún símbolo: una canción, una sala de cine o de teatro, algún poeta amado, la mirada intersubjetiva de reconocimiento no político ni ideológico. Esos años lacunares que cerraron la curva de setenta años de alza y baja de la democracia, nos mantuvieron en una siniestra espera con pe-

queñas felicidades de solidaridad puramente humana y nos dejaron después, ya sin la escolta militar, a solas entre nosotros, sin militares y sin mitos.

Te mando una foto del miedo. La muchacha pasa con la cabeza baja por la vereda de enfrente de la jefatura de policía, año 1978. Te mando otra foto complementaria, marzo de 1985, los presos políticos salen amnistiados del penal de Libertad, éstos son dos de ellos, pelo al rape, ropa que parece de joggins viejos, sonríen, mochilas y caras de edad indefinida; termina, entre cárcel y clandestinidad, el país paralelo de celdas y cuarteles. Es Montevideo, y no está en ninguna de las dos fotos la imagen del niño aquel de brazos en alto frente a las escopetas nazis. ¿Quién me iba a decir a mí, cuando iba al liceo Bauzá en los 60 y me conmovía frente a la foto del niño de brazos en alto frente a los nazis, que yo iba a ver y mandar estas fotos tomadas en Montevideo y conservadas como recortes de diario adentro de libros? El miedo generado por una dictadura era un sentimiento de otra gente, de los argentinos por ejemplo, para hablar de un país cercano, o de los paraguayos, o de los negros de Atlanta o Johannesburgo. La nueva ciudad que fundó el miedo. Ese sería un punto posible para describir el nuevo Montevideo, ¿te parece?, el miedo y sus consecuencias posteriores, esta reticencia, este regreso a las casas, este fin de los diálogos en secreto. Por ejemplo, si recuerdo escolarmente a Bruno Mauricio de Zabala, fundador de la ciudad y los caramelos de café y leche, debo seguir después con Artigas, con las divisas tradicionales fundadas en el siglo XIX, con la «Tierra Purpúrea» que narró Hudson y llegar a Batlle derrotando a Aparicio y después pegar un salto y aterrizar en el golpe militar del 73 y otro más y llegar al 84 y la redemocratización. Pero puedo también no referirme a las fundaciones político-sociales de Montevideo y dedicarme a evocarla en las distintas fundaciones mítico-culturales: el circo criollo, la poesía modernista, el comienzo de la narrativa urbana - y estoy otra vez en Onetti -, el regreso de Torres García desde Barcelona o la partida de Barradas hacia España. Puedo incluir también las ínsulas más o menos extrañas, ver sólo las peculiaridades de algunas figuras muy especiales: Quiroga, Florencio, Felisberto, Figari, otra vez Onetti, Fabini. Puedo seguir. Pero lo que te quiero decir para ver si lo puedo escribir después en el artículo, es que el miedo no forma parte de ninguna de esas situaciones fundacionales, ni siquiera en el siglo XIX, donde la muerte, nos documenta Barrán, era una fiesta del coraje «bárbaro» tanto como de la vida cotidiana. Podría elegir el miedo como el rasgo distintivo de la ciudad desde los años 70, un shock metamorfoseado ahora en retraimiento y desencuentro. También podría elegir, te decía en otro momento que ya se me alejó de la escritura, imágenes de lo que no hay, y mandártelas en un cartón blanco, un flash demasiado fuerte digamos, que cegó las figuras.

En esas fotos de nada verías que ya no hay imágenes de una épica, no hay fijación retiniana ni simbólica de ningún nuevo jugador glorioso de nuestro fútbol capaz de conservarse en la memoria colectiva más allá de su desaparición o su retiro, ni hay un personaje que roce nuestra emoción de lo mítico, algún político que esté más allá de la política; tal vez sí un carnavalero reconocible por todos. Podría haber tal vez una foto borrosa con voz en off de Candeau, la multitud del 27 de noviembre de 1983 que se reunió en el Obelisco por primera vez después de diez años. Debería acompañarla en ese caso de otra foto, la de un avión de Avianca lleno de escritores que se estrella en Barajas y donde muere Angel Rama el mismo día de la convocatoria a un Uruguay sin exclusiones ni excluidos. Lo que sí hay - ¿para todos, para muchos? - es la inmaterialidad de una voz. Entre exilio, regreso y muerte inesperada la voz grave y anudada de Zitarrosa se ha vuelto autónoma ya de su imagen física. Escucharla bajito en un ómnibus o en un bar es casi como escuchar a Gardel.

En las fotos de nada podría mostrarte un cine vacío o cerrado y jugando gravemente con el cartón blanco podría mostrarte los contornos de las figuras de nuestros ausentes, los desaparecidos durante la dictadura, con la cara emblemática de un bebé, Mariana Zaffaroni, hoy adolescente en alguna parte, con padres producto de la nueva institución del cono sur, la adopción perversa. También podría registrar, en las fotos de nada, la silueta del intelectual uruguayo. En esta ciudad, ya lo sabés, por eso no estás aquí, el intelectual es un desocupado. No importa que enseñe en la Universidad o escriba en la prensa o en publicaciones especializadas o edite libros, es un desocupado o un expulsado de la reflexión colectiva que opera sobre la realidad: un desocupado de la gravitación social. En estos momentos, estos últimos años de mediocre democracia, la vida social y política funciona en la memoria como los baldíos que no nos permiten ya reconocer qué construcción había antes en cada uno. Algunos arquitectos dicen que toda ciudad debe permitirse una cuota de destrucción para poder cambiar y crecer, pero estos baldíos de la reflexión se están ampliando con una gigantesca capacidad de horadación y aislamiento: hablamos entre nosotros, en la vida privada, pero el lugar para el discurso público se ha ido adelgazando cada vez más.

Ahora la ciudad se contempla a sí misma en las paredes. Aquí van algunas fotos. Los grafitis dan cuenta del retraimiento de las consignas políticas (¿está bien, está mal, y para quién o para qué está bien o está mal en este mundo en el que el desencanto hace fila?), son la caligrafía de lo inmediato, de la vivencia juvenil de la inmediatez. «Odio este país» dice uno a la vuelta de mi casa. O también «No se queje, emigre», o también «Hay otro país en algún lugar». Y firmado por Gardel: «Me

muero con los aviones». Quiero decirte que ese de a la vuelta de mi casa me abisma y me acongoja, porque es una verdad para una gran mayoría de adolescentes y un replanteo de nuestra historia, pública y privada. Por una asociación imprevista pienso en Isidore Ducasse (la rambla sur frente a la casa de Lautréamont es uno de los paisajes intactos de nuestra sensibilidad), pienso en el adolescente montevideano hijo del dandy francés que hosco y rebelde frecuentaba las riñas de gallos y los juegos de taba, y que escribió los Cantos y murió completamente solo en París. «Les gémissements graves du Montevidéen», el arte a cambio de la vida. Pienso de repente en Isidore Ducasse tal vez porque vivimos en una ciudad sin excitaciones, sin «gestus», sin «pathos», porque no queremos ir a buscarlos (la mala conciencia) allí donde están, el pathos de la cañera de Bella Unión que se vino a pie a Montevideo desde la otra punta del país, como en los albores de los tupamaros, y para quien nada ha cambiado, todo sigue degradándose; o el pathos del marginal, un hombre joven y de aspecto poderoso que camina por 18 de Julio tiznado y harapiiento, hablando sólo entre gente apurada; o el grupo de personas que está viviendo cerca de mi casa, las veo todos los días desde el ómnibus, instaladas detrás de la fuente con la estatua de la mujer desnuda en el Parque Rodó, y arriba está el Trianon, la ropa colgada entre los arbustos y ese bellissimo parque francés como espectáculo, sol e intemperie. Escribí «la rambla de Lautréamont», pero también puedo contarte una foto que no te mando porque la vi en una exposición, la rambla según Alvaro Zino, un auto estacionado bajo un sol en blanco y negro y a pesar del calcinamiento una impresión de calor congelado, de témpano de fuego. (Los jóvenes fotógrafos uruguayos que se empiezan a ir del país, como Marcelo). O los cantores que se van pero no pueden dejar de volver: aquí está Fernando Cabrera antes de cortarse el pelo, sentado en un banco de plaza y mirando la cámara sin timidez.

Hay algo notable en la desaparición de timidez creativa de estos seres reservados e intensos, en el inevitable desnudamiento de su voces y sus corazones, «el cantor de los barrios, de lo barrio», le digo en broma a Cabrera y también el cantor de «las intermitencias del corazón», un puente entre los oyentes adolescentes y nosotros los adultos, no tan sombrío como Darnauchans, «más para arriba» dicen los chiquilines a pesar de la tensión de sus temas y su música.

Más para arriba. ¿A dónde van a bailar los intelectuales uruguayos?, preguntaba Paul Leduc cuando se estrenó Frida en Montevideo. Una pregunta que le hace a todos cuando llega a países que no conoce y que nos deja, a algunos, balbuceantes o con respuestas puramente analíticas. «Bueno, esto no es México ni el Caribe con una tradición tan fuerte de lo popular metida adentro» o «te podemos llevar al Sudamérica, donde baila la gente a secas, pero sería como una intromisión de turismo

culterano», etc., etc. Pero es verdad, ¿a dónde vamos a bailar y a descargar esa libertad?

Escuchamos, miramos, contemplamos, conversamos, pero sólo los jóvenes han retomado las costumbres de sus abuelos que los padres nos salteamos, embebidos como estábamos en las preocupaciones político-sociales, que por una refinada trampa de nuestro ser nacional nos vino de maravillas para estratificar los distintos órdenes del placer.

Una mezcla del pasado y del presente: en la foto, una adolescente de minifalda camina por una calle de Lezica y verás que en un segundo plano está estacionado un auto de la década del 50. Es así, podés volver a Lezica y Colón y encontrar el aire quieto de la intemporalidad, las mismas casitas y las mismas mansiones cerradas, un escenario como para una película sobre el Montevideo internalizado por varias generaciones hasta grados de vampirización. Un Montevideo soleado y de hojas secas - siempre se vuelve a Lezica en otoño - con toda la paleta de los ocre y dorados, donde hasta los autos siguen siendo los mismos de la infancia, y no es broma, sólo la adolescente expresa desde la minifalda enfundada a los años 90, no sé si más audaces que los 70 en los cuales mi generación debutó auténticamente con la mini de Mary Quant (cuarenta y cinco centímetros por encima de la rodilla y un aire más ingenuo y menos agresivamente sensual que el de las minis de ahora). No sé si estos años son más audaces que los años hippies, quiero decir que no sé si esta segunda revolución sexual con la amenaza del sida implica que estos nuevos hombres y mujeres, estos mutantes de hoy, hagan más y mejor el amor. La «banalidad del sexo», podríamos decir tomando en préstamo la grave contradicción y su traslado de contexto en relación a la «banalidad del mal». Pero sigo queriéndote decir que no sé, no estoy nada segura que la precocidad sexual implique nuevas calidades emocionales, más bien creo que el proceso de descubrimiento de uno mismo a través del placer y del amor se vuelve más largo y más costoso, precisamente porque todos están más expuestos a la «naturalidad» de la libertad y a las coerciones grupales para ejercer esa libertad, jóvenes, hombres y mujeres y homosexuales. La transgresión como nueva divisa banaliza todo (ya sé que es un galicismo, pero hay una cierta onomatopeya en la palabra «banal» muy tentadora).

Esta es una foto de nuestro último 1° de Mayo. Lo pasé en casa trabajando y de noche en el informativo vi algunas imágenes del acto, con los cañeros del Espinillar que te decía. Me quedo pensando en pérdidas y continuidades, repeticiones de un mismo discurso, lugares comunes y verdades, masa humana cohesionada física y emocionalmente. Me quedo pensando también, que mientras los procesos políticos

mundiales nos obligan a replanteos y relativizaciones, hay algo muy profundo en la izquierda uruguaya que se resiste a cambiar, a mirarse, una mezcla de lentitud atónita y de soberbia. Cuál o cuántas izquierdas, por otra parte; como sea las cosas se han vuelto públicamente más complejas, divisiones, acusaciones, «adueñaciones», espectaculares contradicciones, la izquierda debuta gobernando en Montevideo en 1990 cuando se retrae y reformula en el resto del mundo. No hay debate hacia afuera que comprometa a la gente, parece que sólo hubiera trincheras, ¿cómo hablar con matices adentro de una trinchera? Mercosur, privatizaciones, no hay coincidencia plena pero tampoco gran debate entre el discurso de los políticos de las izquierdas y el discurso obrero, también los paros y las huelgas han banalizado su impacto, creo que todos estamos fatigados, impotentes y descreídos del mero acto de hablar. Cuando empezamos a vivir al día en el plano de la comunicación cotidiana es que las rajaduras están venciendo poderosa en el tejido de lo humano. Extrañamos mucho a Carlitos Real de Azúa y no porque no haya politólogos de excelencia en esta ciudad. Es que aquel se sesgo, aquella mirada global y a la vez tangente parece irrepetible. (Lo extrañamos los que lo conocimos; me temo que se convierta en objeto de culto de un grupo, pero ajeno a miles de universitarios).

Bueno, estoy cansada. Me temo que hice una lista incompleta de pérdidas, que escribí desde la melancolía, riesgo constante después de los cuarenta. Previendo que estas fotos y esta carta lleguen en medio de uno de tus viajes y que las lea alguna amiga indiscreta, le digo, señora, que a pie de página podrá encontrar los nombres completos de las personas mencionadas, que dudo mucho signifiquen algo para usted como para nosotros. Chau.

Nota al pie:

Juan Carlos Onetti, narrador; Dolly Mhur, su mujer; Editorial Arca; Enrique Santos Discépolo, compositor de tangos; Leonard Cohen, escritor y cantante canadiense; Eduardo Damauchans, cantautor; Eugenio Garin, ensayista italiano; Juan Domingo Perón, presidente argentino en 1947 y 1973; José Batlle y Ordóñez, presidente uruguayo en 1903 y 1911, Santa María, ciudad inventada por Onetti en su novela *La vida breve*; *Marcha*, semanario fundado en 1939 por Carlos Quijano; *El astillero*, novela de Onetti; Bruno Mauricio de Zabala, militar español que fundó Montevideo en 1726; José Artigas, prócer de la Independencia; W.E. Hudson, escritor y naturalista argentino de origen inglés; Aparicio Saravia, caudillo blanco derrotado en 1904; Joaquín Torres García, pintor uruguayo/catalán; Rafael Barradas, pintor uruguayo/español; Horacio Quiroga, escritor; Florencio Sánchez, dramaturgo; Felisberto Hernández, narrador; Pedro Figari, abogado, político y pintor; Eduardo Fabini, músico; José Pedro Barrán, historiador; Alberto Candeau, actor de teatro; Isidore Ducasse conde de Lautréamont, escritor franco/uruguayo nacido en Montevideo en 1846; Alvaro Zino, fotógrafo; Marcelo Isarrualde, fotógrafo; Fernando Cabrera, cantautor; Paul Leduc, director de cine mexicano; Sudamérica, club deportivo y pista de baile; Espinillar, empresa estatal productora de azúcares y alcoholes; Carlos Real de Azúa, ensayista y politólogo; Mercosur, proyecto de un mercado común del Cono Sur.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 120 Julio-Agosto de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.